

CAPÍTULO XXXI.

De los hermosos milagros conseguidos de Dios por la intercesion de la amada santa Isabel; y de como su cuñado, el duque Conrado, trató de hacerla canonizar.

In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.

(*Eccli.* XLVIII, 15).

No tardó el Señor en hacer patente el portentoso poder con que en lo sucesivo queria dotar á aquella, cuya vida mortal toda entera habia sido un acto continuado de humildad. Como prenda de victoria y triunfo, apresuróse á conferir el derecho de disponer de las riquezas del cielo á aquella enamorada sierva suya que en la tierra todo lo pospuso á la abyeccion y á la miseria.

Al segundo día despues de los funerales vino un monje del Cister á postrarse junto á su sepultura en demanda de socorro. Ya habia mas de cuarenta años que este pobre religioso estaba enfermo de un dolor interno ocasionado por una secreta llaga del corazon, contra la cual habian sido infruc-

tuosos todos los remedios humanos; mas en cuanto hubo implorado con entera fe á la celosa consoladora de todos los sufrimientos, se sintió de repente sano y libre del yugo bajo el cual gemia; y de ello dió testimonio bajo juramento ante el maestro Conrado y el párroco de Marbourg ¹. Tal fue la primera milagrosa cura operada por su intercesion; y á la verdad que no sin un dulce interés puede pensarse en esto de que una alma tan enamorada y tierna, tan atormentada en vida por las emociones del corazon, eligiera por primer objeto de sus piedades en el cielo una de esas crueles pruebas interiores que las humanas medicinas no saben ni curar ni plañir siquiera.

Vino tambien poco despues al mismo sepulcro cierto prelado de ilustre alcurnia é investido de una alta dignidad eclesiástica: aunque la historia calla su nombre, dice que le deshonoraba entregándose á todos los excesos de un libertinaje, tanto mas odioso cuanto que recaia en una persona de sagrado carácter ². Arrastrado por el remordimiento y la vergüenza, habia acudido muchas veces el infeliz al tribunal de

¹ *Conr. ad Papam*, pág. 113.

² *Conr. Ep. ad Papam*, loc. cit.

la penitencia, pero sin fruto; pues al primer empuje del apetito lascivo sucumbia de nuevo, siendo las recaídas cada vez mas escandalosas y deplorables. Continuaba no obstante en luchar contra su débil condicion; y manchado y todo como estaba, vino en busca de fuerzas y especial socorro á la sepultura de la casta y sencilla Isabel. Allí se puso en oracion é invocó el poder é intercesion de la Santa, vertiendo abundantes lágrimas; y absorto en un fervor sincero y contricion profunda, permaneció largas horas como clavado en el suelo ¹. No cesó de orar y gemir hasta que se convenció de que su plegaria habia llegado á los oídos de Dios, y de que el Señor acogia las súplicas de su muy amada Isabel en favor de aquella víctima desgraciada del pecado ²: sintióse efectivamente penetrado de una fuerza espiritual y superior á todos los estímulos del vicio; y tanto que, segun declaró al maestro Conrado, hasta tal punto quedó embotado en él el aguijón de la carne, que en lo sucesivo ya no experimentó sino ligeras tentaciones, de que fácilmente triunfaba.

¹ *Conr. Ep. ad Papam*, loc. cit.

² *Ibid.*

Otras muchas almas afligidas y oprimidas por el pecado lograban sacudir su terrible y funesto yugo, acogiéndose al sagraado de aquella bendita sepultura donde yacia la jóven mujer que tan noblemente habia sabido quebrantarlo; y entre los que así acudian y lograban ser sanos, se hace especial mencion de sujetos dominados por el orgullo, la avaricia, el odio y la cólera; y cierto que, para sacudir el ignominioso yugo de tan bajas pasiones, no podian seguir un guia mas fiel y seguro que aquella que siempre se habia humillado hasta ponerse la última de todos, la que toda su hacienda y afanes habia dedicado á los pobres, y pasara toda la vida amando y perdonando á todos.

Además de los males del alma, se extendia tambien la eficacia de su compasion á los males físicos y enfermedades que con tal sollicitud y valor habia aliviado y curado en vida; y que si ya ahora no podian ser objeto de los afectuosos cuidados y tier-no afan con que ella entonces los miraba, ganaban lo que por este lado perdian, hallando en ella ahora celestial médico por el nuevo y mas cumplido poder con que el Señor la habia investido. Nos queda la re-

lacion de un suceso, cuyo tierno interés demuestra cuán rápidamente fue llamada, no bien muerta, á ejercitar el benéfico poder de que disponia, y como su alma glorificada permanecia fiel á aquella dulce familiaridad con que amenizaba y embellecia su trato y relaciones con los humildes y los pobres mientras vivió en el mundo. En el monasterio de Reynhartsbrunn, donde reposaban las cenizas de su esposo Luis junto á sus nobles abuelos, habia un hermano converso que era molinero del convento; hombre de fervorosa piedad en muy alto grado, y tan penitente y austero que, para mejor domar la carne, llevaba á raíz de ella una coraza de hierro. Con ocasion de las frecuentes visitas que para orar sobre la tumba del esposo hacia al monasterio la Duquesa, fijó su atencion en el pobre monje, y le cobró un especial afecto; tanto que, hallándole al paso un dia, cuando se dirigia hácia el amado sepulcro, se puso á platicar con él en términos sumamente tiernos y bondadosos, concluyendo por proponerle y exigir de él, que se formara entre ambos una comunidad de afectos y fraternidad espirituales; en fe de lo cual le alargó la mano para estrechar en ella la del

humilde monje, enteramente aturrido y confuso de verse favorecido con semejante muestra de bondad por parte de tan ilustre señora ¹. Algun tiempo despues de esto, mientras estaba ocupado en reparar las herramientas de su oficio, una de las aspas del molino le cogió al descuido y le rompió completamente un brazo. Causóle el accidente dolores terribles, pero los sufría resignado, aguardando pluguiera al Señor aliviarle de ellos ². En la noche del 19 de noviembre, y en el mismo punto en que su santa y noble hermana entregaba á Dios su espíritu predestinado, el hermano molinero pasaba las horas velando en la iglesia y rogando á Dios en medio de los grandes gemidos que le arrancaba el dolor de su brazo roto ³. De improviso vió aparecersele la Santa con régias vestiduras y rodeada de una luz prodigiosa, y que con su acostumbrada dulzura le decia: «¿Qué es de tí, mi buen hermano Volkmar, y cómo te encuentras ⁴?» Á pesar del espanto y

¹ *Corn. Ep. ad Papam.*

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Qualiter, inquit, agis, et quomodo vales, frater mi Volkmar? (Ibid.).*

deslumbramiento producido por la claridad que despedía la Santa, el monje la conoció, y dijo: «Pero, Señora, ¿cómo vos, «que acostumbrais andar tan mal vestida, «venís hoy con esas ropas tan hermosas y «relucientes? — ¡Ah! contestó ella, consis- «te en que he mudado de condicion.» Y entonces tomóle de nuevo la mano derecha, la misma que en otro tiempo le tomara en señal de fraternidad y que despues habia sido rota por el molino, y apenas tocada, el brazo quedó enteramente sano. El contacto de la parte herida produjo en Volkmar una sensacion dolorosa; y entonces fue cuando, como si saliera de un sueño, notó que se hallaba repentinamente curado del brazo y la mano: hincándose al punto de rodillas, dió gracias á Dios y á aquella hermana que, tan luego de entrada en el cielo, se habia dignado pensar en él y acudir al remedio de su dolencia.

Mayores prodigios se vieron aun junto al sepulcro de la Santa desde los primeros dias despues de las exequias. Multitud de infelices atacados de penosas enfermedades, sordos, cojos, ciegos, insensatos, leprosos, paralíticos, de los que muchos tal vez vinieron creyéndola viva todavía, se

volvian á sus casas curados de sus males, despues de haber orado en la capilla donde estaba enterrada. En las historias contemporáneas se conservan los pormenores auténticos de estas curaciones ¹: no citaré sino una, tal como fue relatada bajo juramento ante los jueces apostólicos; por ella se formará idea de todas las otras. Un hombre de Marbourg, llamado Enrique, de edad de cuarenta años, tenia la vista tan débil hacia algun tiempo, que confundiendo con el camino los campos de trigo, se entraba por ellos y daba gran risa á sus compañeros, que se burlaban del chasco ². Al fin cegó del todo, y tuvo que tomar lazarillo. Viéndose así, hizo que le condujeran á la sepultura de la que ya llamaban todos *bienaventurada Isabel* ³, y puesto allí, ofreció dos cirios para lograr su curacion. Preguntado por los jueces, en qué térmi-

¹ Puede verse sobre todo la relacion de la muerte de Isabel, inserta en Martène, *Collectio amplissima*, t. I, pág. 1255-56, donde están enumeradas las milagrosas curaciones operadas luego despues de su muerte, con la fecha del dia de cada una. Se nota que muchos de los sanos lo fueron del mal de rabia.

² *Ep. Conr.*

³ *Ibid.*

nos habia orado, dijo de este modo: «Amada señora santa Isabel, curad mis ojos, y «yo seré siempre vuestro fiel siervo; y «mientras viva, daré cada año dos dineros «para vuestro hospital ¹.» Y al punto recobró la vista tan clara y perspicaz como nunca la tuviera: esto acontecia á los quince dias despues de muerta la Santa.

Á medida que se difundia por las inmediaciones de Marbourg la fama de sus prodigios, crecia por puntos la multitud de toda clase de infelices que venian á buscar el remedio de sus males: la misericordia divina no dejaba burlada la fe del pueblo cristiano, y todos los dias otorgaba gracias multiplicadas y evidentes á las oraciones de cuantos la invocaban por la intercesion de Isabel. No solamente de las vecinas diócesis de Mayenza y Tréveris se veian acudir en tropel los enfermos y afligidos, sino tambien, á cada paso, de las provincias remotas de Colonia, Brema y Magdeburgo. Los que se retiraban, consolados ó curados, tropezaban con los que acudian buscando remedio y consuelo; y éstos á su vez regresaban bien pronto cantando y anunciando, á cuantos encontraban por el ca-

¹ *Ep. Conr.*

mino, las grandes misericordias del Señor. «Yo mismo, dice el monje Cesario, me encontré allí por este tiempo; y nunca en «mi vida recuerdo haber visto reunida tanta gente como entonces habia en Marbourg y sus cercanías; apenas era posible «abrirse paso para entrar en la iglesia ó salir de ella ¹.»

Maese Conrado, considerando los ruidosos resultados de una vida, cuya responsabilidad recaia sobre él en cierta manera, así como tambien con justo título una parte de su gloria, no titubeó en poner en conocimiento del papa Gregorio IX las maravillas con que el poder de Dios se dignaba honrar el sepulcro de la gloriosa difunta, y la veneracion siempre creciente del pueblo; proponiéndole en consecuencia el que se dignase proclamar y declarar solemnemente sus derechos á la invocacion de los fieles. El ilustre Pontífice, que en medio de sus ochenta y cuatro años conservaba el corazon ardoroso y entusiasta de un jóven en punto á solicitud y amor por la honra de Dios y de la Iglesia; que ya habia tenido la dicha de canonizar á san Francisco de Asis, y en aquel mismo año habia ins-

¹ Caesar. Heisterbach, ap. Mss. Bolland.

crito al lado de éste en el cielo á su mas ilustre discípulo san Antonio de Padua, contestó á la proposicion de Conrado con afectuoso apresuramiento, pero acompañado de apostólica prudencia. «Por tu carta, me dijo, he visto, no sin lágrimas de dulce alegría, como el celestial Obrero, cuyo poder no tiene límites algunos, ha bendecido á su sierva Isabel de ilustre memoria, «carísima hija nuestra en Jesucristo, cuando viva, y duquesa de Turingia; como de «frágil y deleznable que era por naturaleza, la hizo por los dones de su gracia robusta, constante y firme en el culto de su «divino nombre; y como despues de haberla admitido en el número de los Santos, «manifiesta á los hombres con gloriosas señales la bienaventuranza que le ha otorgado en el cielo.» No obstante, conociendo el Pontífice que *no todo cuanto reluce es oro*, y deseoso de apartar de los espíritus suspicaces todo recelo y sombra de duda, ordenó que el Arzobispo de Mayenza, el abad de Erbach y maese Conrado reunieran testimonios públicos y solemnes sobre todo cuanto en la vida de la Duquesa hubiera podido ser agradable á Dios y á los hombres, así como tambien en orden á los mi-

lagros que siguieron á su muerte; y que despues de reunidos formalmente estos testimonios, y autorizados con sus respectivos sellos, fuera todo remitido á Roma por medio de mensajeros de confianza. Al propio tiempo les prescribió el método y orden que habian de seguir en el exámen de los testigos; y esto con tal esmero y minuciosidad, que dan bien á entender la solitud y prudente reserva con que procedia en tan delicada materia ¹.

Entre tanto el arzobispo Sigifredo de Mayenza, en cuya jurisdiccion radicaban la ciudad de Marbourg y el sepulcro de Isabel, asombrado tambien de las maravillas que la bondad divina hacia resplandecer en medio de su rebaño, cediendo á las instancias de Conrado y á los impulsos de una revelacion que tuviera en sueños ², se dirigió á Marbourg, y allí consagró solemnemente, el dia de san Lorenzo (10 de agosto de 1232), dos altares construidos por los fieles en honor de Isabel en la iglesia misma en que habia sido enterrada ³. Presentaba la ceremonia inmensa multitud de

¹ Ex Wadding, t. II, pág. 606.

² Ep. Conr. Marb., pág. 108.

³ Theod. V, II, 7.

gente, reunida allí con este objeto y el de oír el sermón que Conrado debía pronunciar en loor de su ilustre penitente ¹. Éste, mientras predicaba, pensó que aquella era la ocasión más favorable para satisfacer los deseos del Soberano Pontífice; y poniendo al punto por obra su pensamiento ², intimó á todos aquellos de sus oyentes que por la invocación de la Duquesa hubieran alcanzado del cielo alguna curación ó favor parecido, se presentaran á la hora de Prima del día siguiente acompañados de sus testigos ante el Arzobispo de Mayenza y demás prelados que habían acudido á la consagración de los altares. Á la hora prefijada acudieron al llamamiento multitud de personas proclamando en grito ser cierto que habían recibido gracias y mercedes por intercesión de Isabel. Urgiéndole al Arzobispo la partida por negocios de grande interés, se contentó por lo pronto con hacer constar por escrito los hechos de más bulto y mejor acreditados: ni él ni los otros prelados pudieron autorizar las piezas con sus respectivos sellos por no haberlos traído

¹ *Conr. Marb.*, pag. 109.

² *Ibid.*

do consigo ¹. El maestro Conrado copió á la letra todas estas declaraciones, recogió por sí mismo otras muchas, siempre bajo juramento; y luego de haberlas leído todas al Arzobispo de Mayenza y al abad de Erbach, que ningún reparo hallaron que poner á ellas ², las remitió juntas al Papa, acompañando un resumen de la vida de Isabel formado según sus propios recuerdos. Este precioso monumento nos ha sido conservado; y constituye la fuente más antigua que debe consultar un historiador de la Santa.

Esta primera enumeración de los milagros de la Santa, transmitida por el maestro Conrado, contiene la narración detallada de treinta y siete curaciones súbitas y sobrenaturales, redactada al tenor de las órdenes del Pontífice con pormenores los más precisos en punto á lugares, fechas y personas, no menos que de las fórmulas deprecativas de que los favorecidos se sirvieran para implorar el favor de la Santa. Estas relaciones están en general, á lo menos así lo siento, llenas de interés tiernísimo. El lenguaje que ponen en boca de los

¹ *Conr. Marb.*, pag. 108.

² Prólogo de la *Carta de Conrado al Papa*.